

puede hacerle real a unos cuantos: la de refulgir como estrellas. La anécdota que te comenté y que ahora incluyo como epígrafe fue actuada por gente como ellos. La risa, es la del pueblo. En esto los cineastas comentados se ponen por debajo aun de los militantes de los partidos reaccionarios. ¿Acaso los arribistas del PRI acuden poniendo como condición la práctica de su profesión para aceptar su afiliación? Lo que menos hacen los militantes en este momento, porque la necesidad los obliga a hacer otras tareas, es ejercer sus facultades artísticas, técnicas o científicas. Sin embargo, contradictoriamente, no se sienten frustrados, sino todo lo contrario. La desenajenación de las clases no depende del libre curso de una dudosa vocación sino de la posibilidad de intervenir en el rumbo de nuestra vida. Cabría tomar esto en cuenta cuando criticamos al realismo socialista y lo hacemos ver como una coraza de hierro que ahoga los impulsos primigenios del individuo: el militante nunca se siente apisionado porque sus escritos, sus cuadros, su música, su poesía, canten siempre a un sólo ideal. Todo lo contrario, califican de represión a la acción que se ejerce para impedir que se difundan.

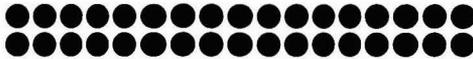
En un artículo que publicaste no hace mucho en *Solidaridad* (núm. 45) calificaste de colonizados tembleques a los intelectuales que conocen a *Visconti* y no a *Getino* (el mismo *Getino* del cual venimos comentando), que conocen a Proust y no a *Ousmane Sembene*, etcétera, etcétera... Traigo a colación este artículo tuyo porque creo que cabe ahora que, precisamente platicamos acerca de los haceres de dichos intelectuales y porque pienso que tu crítica la haces desde su mismo lado: a un intelectual le opones otro, a un conocimiento viejo, uno nuevo. ¿De qué se trata? ¿De demostrarles que somos mejores intelectuales que ellos, puesto que conocemos cosas que ellos ignoran? ¿De demostrar que también en el tercer mundo se dan intelectuales que pueden competir airoosamente con los de las metrópolis imperialistas? Contéstame: ¿tendremos que continuar la desenfrenada carrera que empezamos hace tantos años, para estar siempre a la moda? ¿Conocer a *Ousmane Sembene*? ¿Y por qué no mejor a los senegaleses que no han podido ver sus películas? Curioso: no citas a ningún mexicano y Vallejo bien lo vale, como también Genaro y junto a todos ellos, los miles que los han sostenido y hecho posibles. La cultura de los trabajadores ¿no sería una cuarta? Y la de los campesinos ¿una quinta?

Una última cosa sobre la crítica y la auto-crítica

Si he de ser consecuente con mi propósito de acostumbrarme a discutir sólo de lo que conozco un poco, no debo extenderme mucho más. Quiero terminar estas notas que me pediste con un comentario sobre la crítica. Esta la han ejercido siempre las clases dominantes, pero les ha servido de bien poco porque quienes critican nunca se han considerado a sí mismos como caparticipes en aquello que critican. La crítica la

realizan situándose desde fuera. Otros son los culpables, mas no ellos que precisamente son quienes critican. A diferencia de esto, para nosotros la crítica está indiscutiblemente unida a la autocrítica. Sólo critica quien está dispuesto a ser el primero en enmendar, participando, lo que critica. De aquí la dimensión moral de la crítica. ¿Cuántos de los errores que les señalan a ellos, los hemos cometido antes nosotros y todavía persistimos en ellos? ¿Estamos prontos a dar la respuesta con nuestra acción? Yo creo que así es, y me felicito porque de alguna manera, a más de ayudarnos a ello, adquiramos un compromiso público.

Letras



La palabra contra el mundo

Por Juan Manuel Molina

Raymond Aron afirma que la tendencia a la crítica es la deformación profesional de los intelectuales. En realidad casi constituye una definición: un intelectual es una conciencia crítica o no es intelectual.

Lo mismo puede decirse del escritor o del artista. La literatura, y en particular el cuento y la novela, nace de una insatisfacción profunda, de un desmesurado anhelo de modificar a la sociedad y al hombre mismo. Para cumplir ese anhelo el escritor se ejercita en lo que Henry James llamaba "la imaginación del desastre" y lanza su palabra contra el mundo. Puesto que nace de una lucidez crítica, toda auténtica literatura es una denuncia.

Desde luego, es evidente que esta denuncia se expresa en muchas formas, que van desde el rumor sordo y subterráneo hasta el señalamiento directo y claro. Los doce cuentos que el puertorriqueño José Luis González recoge en *La galería** pertenecen a esta última especie.

El peligro más inmediato de este tipo de literatura es el de convertirse en panfleto. José Luis González es demasiado hábil para caer en esta trampa: sus cuentos, marcados por una constante preocupación social, son una denuncia en la misma medida en que son arte. En este difícil equilibrio, o en esta perfecta simbiosis, se encuentra sin duda uno de sus méritos más altos.

Si no la anécdota, el fondo de esta docena de relatos gira básicamente alrededor de dos constantes: el abuso de los más fuertes sobre los débiles, y la rebeldía —muchas veces vaga o incluso inconsciente— de los oprimidos contra el mundo

injusto que padecen. De esta manera, leer *La galería* es ir recorriendo un telón tras el que surge paulatinamente un Puerto Rico de graves contrastes sociales, de miseria y explotación, y estigmatizado por una presencia norteamericana que es tan ubicua como el lenguaje mismo que la refleja. A este Puerto Rico "en lucha por su independencia" dedica el autor su libro.

El cuento más logrado es el mismo que le da título al volumen: un espléndido relato visto con los ojos de la infancia. Sin embargo, al igual que los cuentos de Cortázar que abordan esta temática —recuérdese por ejemplo "Final del juego", "La señorita Cora" o "Los venenos"—, no se narra el mundo infantil sino el desengaño que clausura para siempre ese mundo. No es un cuento sobre la infancia, sino sobre la imposibilidad de perpetuarla.

Esto se acentúa por el hecho de que el narrador de "La galería" no es un niño, sino un adulto que recuerda una historia vieja ya de doce años. El relato se abre como el recuerdo melancólico de los primeros juguetes eróticos y sentimentales de un niño que conduce a la visitante dominical por los rincones de la casa paterna. Hasta aquí la historia está en el paraíso. Pero de pronto se revela el mundo adulto —un mundo en el que puede afirmarse tranquilamente que "un negro menos no le va a hacer falta a nadie"— y al final encontramos al mismo niño huyendo del refugio que se le ha vuelto pesadilla, "corriendo sin saber hacia dónde, sin pensar hacia dónde, corriendo, con una nubla terrible ante los ojos, corriendo, lejos de aquella galería, lejos, cada vez más lejos, pero nunca suficientemente lejos..."

Esta huida que nunca puede ser total, este deseo desesperado de anular una realidad injusta hasta el absurdo, está presente de un modo o de otro a lo largo de todo el libro. Los personajes de José Luis González alientan sus actos de la ira y de la angustia que les produce su propia vida atada a la estrechez y a la miseria. Muchas veces esos actos se resuelven en una protesta efímera o en una violencia carente de sentido. Parece reinar una convicción callada de que todo es inútil, de que las cosas sólo cambian para volverse peores. Una mujer exclama: "¡Por Dios que ésta la paga ese bandido! ¡Nadie va a abusar así de nosotros!" Pero se sabe de antemano que su protesta no puede ir más allá de sus palabras. Se sabe también que los americanos van a seguir enviando tarjetas de reclutamiento. Y llega el día en que se descubre que "No es tan difícil esto de morirse. Todo es según y cómo. Mi compadre Antulio ni se dio cuenta. Dicen que unos se dan cuenta y otros no. Dicen que eso depende."

Formalmente los relatos de *La galería* son más bien tradicionales. No hay alarde de invención ni empleo de técnicas complejas. Pero tras una sencillez aparente se esconde una ambiciosa labor de pulimento. José Luis González desenvuelve sus historias con destreza sorprendente, dueño de una maestría que reside más en los detalles que en el oropel deslumbrante. El autor elude meticulosamente los golpes de sorpresa. Eso sucede incluso a nivel de escritura:

* José Luis González: *La galería y otros cuentos*, Ediciones Era, 1972, 144 pp.

su estilo es exacto y medurado, ajeno a la metáfora audaz o al adjetivo contundente. Pero en ese estilo cada palabra encuentra con notable precisión su sitio.

Prosa magistral sin duda. Valéry dice que "una obra basada en el asombro dura la duración del asombro". José Luis González se abstiene pulcramente de todo efecto fácil, de toda altisonancia inútil. Puede decirse que tiene un estilo fundamentalmente recatado. Un estilo casi imperceptible, hecho de despojarse mucho, de callarse mucho.

Sin duda es posible también advertir algunas limitaciones en estos relatos: algunos —como "Santa Claus visita a Pichirilo Sánchez"— dejan ver demasiado pronto el desenlace, otros repiten con distintos ornatos una idea básica excesivamente parecida —"La mujer" y "Breve historia de un hacha"—, y alguno hay —"Me voy a morir"— que de acuerdo al realismo con el que está planteado resulta tal vez un poco increíble en aspectos medulares.

Sin embargo, es indudable que a fin de cuentas los puntos malos significan poco en la suma total. *La galería* es claramente una colección de cuentos que merece un buen lugar dentro de este género tan lleno de posibilidades y de riesgos.

Antología de la pobreza

Por Ignacio Díaz Ruiz

Y los huevos y la leche aportaban lo necesario para mantener a distancia la miseria

La primera impresión de *La Galería*, colección de relatos, de José Luis González es simplemente una hermosa y colorinesca portada plastificada. Sin embargo, de inmediato, en el primer relato, expone su estilo y atrapa al lector.

Su prosa: directa, exacta y precisa nos introduce en un singular mundo donde lo autobiográfico y lo social se entretajan y misteriosamente se dan la mano. Lo primero, tiñe a los relatos de un gran lirismo y manifiesta la sensibilidad del narrador, lo segundo nos confirma el sentido humanístico y el compromiso de este escritor. (En el epígrafe dice: A Puerto Rico, en lucha por su libertad.)

Durante el recorrido por esta deslumbrante galería se puede leer una narrativa fundamentalmente sencilla. En esto, el escritor se muestra en pleno dominio de su oficio. Su lenguaje está despojado de malezas y adornos superficiales, en cambio recobra lo popular y lo integra equilibradamente. Utiliza un lenguaje sin concesiones: limpio y transparente.

Con la seguridad de un conocedor, José Luis González resuelve cada uno de sus relatos con una arquitectura especial. Busca y experimenta diversas construcciones: lineales, circulares; cortes temporales; diálogo; monólogo; en fin, en su docena de relatos encontramos variedad y combinación de estructuras narrativas.

Cuando se termina de recorrer su exposición queda uno satisfecho. Acaba uno de leer un libro perfectamente narrado que viene a sumarse a una serie de relatos "bien" escritos. Pero no es todo, al final siente uno la boca amarga. Indiscutiblemente, paralela a esta galería brillante y perfecta, está otra: subterránea, recóndita, oscura y subversiva. La que nos deja un agrio malestar.

Todo comienza cuando se habla de hacendados y vinos de importación, cuando una mujer actúa para realizar su propia justicia, cuando a través de un sencillo diálogo se deja entrever la situación neocolonial de Puerto Rico, cuando un hombre agónico explica las causas de su situación; en fin, cuando empieza a inundárenos con situaciones típicas de países subdesarrollados: injusticia, hambre, pobreza, ignorancia, sufrimiento, etcétera.

Cada narración recoge una vigorosa relación de los hechos, una escueta y dramática situación de los personajes; mientras el narrador conserva una serenísima ironía, en el trasfondo se observa un angustioso desequilibrio social. Como presencias fundamentales dentro del relato latinoamericano aparecen, también, el box, el beisbol, la cerveza, el ron.

Precisamente en esta galería se hace la luz: los seres reales invaden la literatura, todo el submundo de una región de América Latina — Puerto Rico — recobra su posición dentro de la literatura a través de una observación minuciosa, aguda y, la mayor de las veces, cruel.

"El pobre hasta para morir es desgraciado" se afirma en uno de los relatos, y efectivamente esta colección se convierte en una antología de la pobreza y la desgracia. En primer término: los niños, Pichirilo Sánchez hijo de Sánchez (con toda seguridad) o el negrito Melodía; las mujeres ultrajadas y reducidas a simples objetos; los hombres manipulados por un sistema de opresión y explotación. Y al final, siempre presente la clara conciencia de un escritor que atestigua a través de su narrativa el hecho social de Puerto Rico: Estado Libre pero desgraciadamente Asociado.



Novela

La confusión de Lapsus

Carta para Humberto Guzmán

Por Humberto Guzmán

El mundo o yo, pero nunca los dos. En esta línea podría resumirse una conclusión a la que he llegado. No es difícil llegar a ella después de meditar un poco sobre la literatura hecha por "los jóvenes" en el país, acción motivada, es claro, por una parte suya en especial. Me refiero a un libro de Héctor Manjarrez que lleva por nombre *Lapsus*. Te advierto que no me detendré gran cosa en él —al menos no como debiera— por razones que obedecen directamente a la línea que da pie al texto que lees ahora.

Ahora, como muchos ahora, me siento mal, me siento limitado, oprimido, reprimido...

Debe de ser algo similar a lo que le ocurre al niño que es castigado —mejor aún si es injustamente, aunque no es necesario— y él no puede hacer absolutamente nada para evitarlo, ya no digo para presentar resistencia y menos todavía pensar en la venganza, en la venganza saludable por definitiva e indiscutible.

Hay una palabra terrible que me da vueltas y vueltas en la cabeza. Me he descubierto muchas veces escribiéndola en cualquier papel, en cualquier parte. Incluso, en alguna ocasión, he despertado en mitad de mi sueño con esa palabra en la mente y en la boca. Su sabor agrio y su significado inexorable me llenan de inquietud y angustia. Impotencia. Para mí, el hombre es un impotente. Lo es ante el mundo construido con sus propias manos, lo es ante el curso de las cosas, e, incluso, lo es ante sí mismo, que es peor. Un moribundo es un impotente. Un feto es un impotente. La impotencia marca tanto su entrada como su salida, ¿por qué habría de abandonarlo, entonces, durante el transcurso de su existencia?

No sé tú qué opines acerca del asunto. Yo creo que con un espectro de esa naturaleza, poseedor de un poderío francamente invencible, enfrente, en medio de cualquier camino que elijas, no queda otro recurso que la temeridad de un Luzbel. Porque, en última instancia, las generaciones futuras no existen y las de los muertos tampoco existen. En cambio los que estamos aquí somos tú y yo, y nosotros no podemos hacer absolutamente nada contra el espectro que es un muro imposible de derribar, al parecer. Lo único que nos queda, si es que no queremos permanecer quietos, es irnos a estrellar contra él que, ya sabemos de antemano, ni sentirá nuestro pequeño impacto